



• La bella Hilde Weissentals, de veintiséis años, con su marido. Hilde es uno de los espías detenidos en la «Operación Vulcano», recientemente llevado a cabo por la policía federal alemana

EL espionaje está, por decirlo así, de moda. Algo tan secreto como esta actividad parece haber saltado a la pública existencia diaria; no pasa día sin que se hable de espías. Las columnas de los periódicos reflejan tal psicosis. Bien sea la detención de cualquier ciudadano acusado de haber escudriñado en los secretos atómicos de las grandes potencias, bien la denegación de gracia a los norteamericanos Rosenberg — encarcelados, como se sabe, por idéntica causa —, el espionaje se halla siempre en primer plano.

Recientemente, la policía de uno de los países más amenazados por las actividades de los agentes al servicio de otras potencias, la Alemania occidental, decidió efectuar una limpieza a fondo. A tal efecto la policía recibió la orden de permanecer en estado de alarma. Se trataba de cumplir, con el mayor sigilo, la «Operación Vulcano», que iba a ser personalmente dirigida por el jefe de las fuerzas policíacas federales. Los prefectos de algunas ciudades designadas de antemano entregaron a los comandantes de grupo unos sobres numerados, con la orden expresa de no abrirlos hasta que recibieran instrucciones en dicho sentido. Los sobres eran todos iguales, más bien grandes, pero no muy voluminosos; los habituales en que se metían las órdenes confidenciales, aunque todos comprendían que en aquella ocasión no podía tratarse de una cosa acostumbrada.

PERFECTA ORGANIZACION

Los jefes de las patrullas recibieron orden de iniciar la acción con sus propios medios. Algunos centenares de autos de la policía comenzaron a circular por las grandes arterias de las principales ciudades de Alemania: en Francfort, en Hamburgo, en Stuttgart y en Munich. Poco antes de las veinticuatro del día H, estas patrullas recibieron una llamada de control reclamando el contacto con la Dirección General de Düsseldorf: «Todo preparado para la «Operación Vulcano».

En aquel instante muy pocas personas sabían en Alemania lo que se escondía tras de dicho nombre-clave. Pero a la medianoche en punto, cuarenta automóviles de la policía estaban a cien metros de distancia de los lugares señalados de antemano. Habían abierto previamente los sobres, enterándose así de los objetivos a cumplir. Los cuarenta sobres contenían además otras tantas órdenes de detención por «espionaje y alta traición» expedidas por el Tribunal Supremo de Karlsruhe. A la media hora, el comisario jefe de la policía de cada una de las ciudades comunicaba que tenía en su poder una buena parte de los inculcados. En el curso de las siguientes cuarenta y ocho horas, siete que no habían podido ser apresados caían también. Un solo consiguió escapar, aunque su importancia debía ser mínima, pues al anochecer del día siguiente se comunicaba que «había terminado con pleno éxito la «Operación Vulcano» y que treinta y nueve de los «responsables» de la mayor organización de espionaje soviética de la postguerra se hallaban detenidos. Uno de ellos, el ingeniero Harting, se suicidó en su propia celda de la cárcel de Essen después de haber

Redada de espías en Alemania Occidental

La «Operación Vulcano» termina en pocas horas con una organización secreta

por FERNANDO CORRALES

efectuado alguna confesión y haber requerido, quién sabe por qué, los servicios de un médico, que lo encontró en óptimo estado de salud. Dos, un cierto Becker detenido por ser homónimo de un Becker fallecido hacía algún tiempo, y otro, cuyo nombre la policía no creyó oportuno facilitar, fueron puestos en libertad. De esta manera, en el decurso de pocas horas una gigantesca organización de espionaje cuya importancia resulta aún prematuro juzgar fué puesta fuera de combate.

Existía un precedente que se remonta al mes de septiembre del pasado año, cuando la policía de Francfort arrestó por espionaje en favor de la U.R.S.S. a un delegado comunista de la Alemania oriental cerca del Comité para el Comercio Internacional, a un cierto Weiss. En su poder fueron halladas múltiples fotocopias de determinados procesos industriales, de formulas químicas celosamente guardadas y otros secretos. Se dejó detener tranquilamente, no confesó nada y ni siquiera permitió que nombraran para su defensa un abogado de oficio. Y medio año después de su detención sigue tranquilamente en la cárcel como si estuviera veraneando.

EL FALSO «IMPORT-EXPORT»

Por cierto que tal detención no fué comunicada a la Prensa. En un principio pareció que Weiss «trabajaba» solo, pero ciertos indicios aparecidos en días sucesivos dejaron sospechar que era mucho más importante de lo que se había creído en un principio.

Alguien telefoneó preguntando por él, pero todos los esfuerzos de la policía para localizar a sus presuntos amigos resultaron infructuosos. El contraespionaje aliado, estudiando el material recogido a Weiss, comprobó que procedía de varias ciudades de la Alemania occidental en las que él no había estado nunca, descubriendo asimismo que las fotografías procedían de microfílm utilizables tan sólo con potentes «microcámaras» de difícil adquisición y fabricadas en Jena, en la zona soviética, por una famosa marca de óptica de precisión. Tales descubrimientos llevaron al convencimiento de que se trataba de un «correo» de una potente organización de espionaje. ¿Pero cuál?

Los aliados informaron de todos los detalles a la policía germánica, y el doctor Edigi, «ministerialdirektor» jefe de la policía federal, puso manos a la obra. Su primera medida fué someter a vigilancia a todos los miembros de la antedicha organización comercial. Supo entonces que dicha «Export-Import» era de reciente constitución, y entre sus negocios extrañamente prósperos se hallaba la consignación de materiales estratégicos en cantidades superiores a las necesidades de una Razón social de carácter particular.

Fué un trabajo paciente y enorme. Pero al cabo de cuatro meses, la policía alemana había subdividido a los vigilados en dos grandes grupos: los no «sospechables» y los otros, entendiendo por «otros» a aquellos de los que se sospechaba posibles tráfico ilícitos.

APARECE LA «TRAICION»

Todos estos planes y operaciones culminaron con la llamada «Vulcano» en nombre clave. Sin embargo, la falta de pruebas frenó un poco el ímpetu del «Ministerialdirek-